protección que, en el imaginario popular, tienen los tejados.

Utilizar la crítica paleográfica para precisar fechas en arcos de tiempo muy cortos es poco fiable, sobre todo por falta de elementos de comparación. Efectivamente, en los estudios realizados al respecto no hay comparaciones con, por ejemplo, documentos notariales de la zona de los siglos XIV (cuando se pensó que se pudo inscribir la teja) al XVI, que podrían indicar pormenores que ahora se nos escapan. Por otro lado, y es algo más que un detalle, a la hora de tratar un texto como el de la teja, de filiación más diplomática que libraria, hay que tener en cuenta el soporte en que está inscrito, que necesariamente altera las características paleográficas. No es el barro (y un barro que habrá de cocerse luego, con los necesarios cambios que se producirán sobre la superficie escrita) un material escriptorio convencional, y menos para alguien que aparenta conocer bien las características de la escritura sobre papel. El mismo texto escrito en cada uno de estos soportes habrá de ser distinto. La propia naturaleza del barro impedirá ciertas cursividades o pequeños trazos, imposibles de reproducir con el punzón, que sí admite la pluma sobre papel o pergamino. Cualquier rasgo reproducido en tinta se ve, por pequeño que sea. No así si se traslada a un barro que será teja. Finalmente, la necesidad de que los destinatarios del texto puedan leerlo es un factor que el escribano ha de tener en cuenta. Los potenciales lectores de una teja puesta en su sitio, obviamente, son muchísimo menos que los de un documento notarial. Por ello, es arriesgado metodológicamente extraer conclusiones cronológicas fiables de un texto inscrito en el barro de una teja, cuya escritura acusará el soporte en que se asienta. La menor espontaneidad y velocidad de ejecución impulsará, seguramente, a un tipo de letra más cuidada, y seguramente más arcaizante.

Esta pieza y muchas otras dan para comenzar a construir un repositorio de tejas inscritas, lo que con propiedad habría de denominarse *tegu[la]teca*, vulgo «tejoteca». Aunque, bien pensado, el lugar donde, ordenadas, se depositan las tejas tiene nombre: tejado.

[Ver todos los artículos de «Grafitos históricos»](#)

(1) Isabel Velázquez: *La teja de Villamartin de Sotoscueva (Burgos): los versos más antiguos del Poema de Fernán González*, Segovia: Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2006. [| volver |](#)